

Susana Accorsi – Leo Batic – Bruno Bazerque  
Juan Chaves – Claudia Czerlowski – Carla Dulfano  
Jorge Grubissich – Olga Linares – Julián Melantoni  
Mario Méndez – Melina Pogorelsky – Graciela Repún  
Marcela Silvestro – Andrés Sobico

# Un mes después y otros cuentos aterradores

*Ilustraciones de Leo Batic y Olga Linares*



## PRÓLOGO

Jóvenes y prometedores debutantes.

Narradores experimentados y reconocidos.

Escritores que apenas comienzan y ya han sido muy premiados, pertenecientes al mítico taller “Nación Cracovia”, que tengo la alegría de coordinar.

Todos convocados por la Editorial Amauta con una misma intención: producir recelo, agitación, ansiedad, angustia y miedo, muchas formas de miedo.

En una sociedad acostumbrada a la noción de peligro, el miedo funciona como sistema de alarma; advierte y pone en evidencia las amenazas y riesgos reales que nos rodean. Y también, los fantasmas y monstruos ocultos que acechan desde nuestro propio interior, desde nuestra irracionalidad.

Tal vez esta sea la causa de que la literatura de terror tenga cada vez más adeptos.

La desean los fanáticos que quieren sentir, desde un lugar seguro, un miedo pautado pero intenso y provocador.

La aprecian los educadores por su capacidad catártica de descargar angustias personales y como factor de ayuda, consciente o inconsciente, planteando otras conductas, equipando con nuevas soluciones.

Y la valora cualquier lector que disfruta de un relato bien contado, de esos que cuando terminan dejan más preguntas que respuestas.

En estos catorce cuentos las clasificaciones se mezclan: hay textos extraños, cuentos maravillosos, fantásticos...

La mayoría de sus protagonistas son chicos y adolescentes contemporáneos, tal vez de diferentes clases sociales, con un estilo y un léxico reconocibles. En general, los veremos

en marcos cotidianos; urbanos o rurales. Sólo en dos o tres relatos los escenarios nos recuerdan a los góticos: casas misteriosas, un cementerio...

Pero no nos dejemos engañar por la realidad identificable, coherente, normal, con que se presentan, ni por la proximidad aparentemente tranquilizadora de familiares, amigos, compañeros o vecinos... Están en una situación de peligro.

A veces, los lectores lo intuirán mejor que el narrador. Porque en estos cuentos, algunos narradores saben todo, otros menos que el lector, y uno o dos nos hacen sospechar sobre su salud mental y la veracidad de lo que relatan.

En este libro encontraremos cuentos que recrean temas clásicos y otros que nos revelan miedos nuevos.

El terror puede provenir de múltiples circunstancias: la oscuridad, los ruidos, el aislamiento, el abandono, la amenaza de algún adulto, el encierro, los anuncios de violencia, el intercambio de identidad, el doble que usurpa nuestro espacio, los objetos o lugares que succionan y atrapan, la lucha eterna entre el bien y el mal, los payasos y las ferias, algún animal feroz, los fantasmas, la culpa, la locura... Y también, los tableros mágicos, la música, la tele o de un simple mensajito de texto...

Prepárense, porque esperamos que la atmósfera, gradualmente, se vuelva más densa y que crezcan la incertidumbre, el extrañamiento y el miedo.

Y ojalá que sientan que alguna o muchas de estas historias, se cierran sobre ustedes y los atrapan como una casa encantada sobre su visitante, al mismo tiempo que abren puertas a otros mundos desconocidos, donde la única certeza es la deliciosa inquietud que puede provocar el miedo.

Graciela Repún

# UN MES DESPUÉS

Susana Accorsi

Era una mañana de nubes guerreras, que tenían al sol acorralado en alguna parte.

El automóvil plateado dejaba su huella polvorienta por una ruta de tierra. A través del parabrisas, Laura veía acercarse el bosque de copas oscuras. Pronto, decenas de brazos camuflados con hojas carnosas se interpondrían al avance del coche, e intentarían invadirlo. Nunca logró comprender por qué su padre, dado por muerto un mes atrás y después de un año de desaparecido, había elegido ir a vivir a ese lugar tan solitario y sombrío. Hoy comenzarían a desocupar la casa para poder venderla lo antes posible. No podían seguir manteniéndola y el dinero les vendría bien.

Algunas piedras en el camino hicieron saltar al vehículo y sacudieron sus pensamientos. Pablo, su marido, maniobraba sorteando raíces y ramas mientras maldecía en voz baja; en el asiento trasero, Lucas y Matías parecían empeñados, como de costumbre, en probar la resistencia de sus nervios. Ya no soportaba las eternas peleas de los mellizos y, dándose vuelta, les ordenó callar.

Al fin, apareció la casa. El motor del coche paró y todo fue silencio. Por un momento, dio la impresión de que

ninguno se atrevía a ser el primero en bajar. Finalmente, Pablo se decidió, Matías fue el último.

Laura sacó la llave de su bolso, abrió la puerta y entró. Las sombras que habitaban en el interior retrocedieron hacia los rincones, a la espera de mejores momentos. Objetos y muebles aparecieron grises sin que importara su color. Una nube de polvo blanco se levantó cuando los mellizos entraron arrollando al silencio; tenían la intención de subir al piso superior, pero Laura se los impidió.

—Ayuden a su papá a traer las cajas que están en el baúl —ordenó.

—¡Tenemos hambre! —gritó uno.

—¡Primero las cajas! Todavía es temprano para comer. Pablo se acercó a su mujer y le preguntó:

—¿Vamos a limpiar, también? —no esperó respuesta y agregó: —Para venderla a mejor precio habría que lavarle la cara, aunque no sé si valdrá la pena. ¿Quién va a venir hasta acá, y a comprar esto? —y puso énfasis en la última palabra.

—Hoy no —contestó Laura—. Sólo llevaremos lo que tenga algún valor y también veremos si nos es útil algún mueble. Ya vendremos en otro momento a buscarlo con el transporte adecuado.

—¿Por qué no lo dijiste antes y hacíamos todo en un día? ¡Espero que no tengamos que volver! —protestó Pablo y salió.

Laura liberó a sus hijos de toda tarea.

—¡No se alejen mucho de la casa! —les dijo.

Crujieron puertas y pisos. Lo poco que había en la cocina contaba la historia de una soledad.

Volvió al living. Se paró casi en el centro, cerca de una mesa baja. Miró a todos lados. Una araña que la observaba se ocultó mientras otras se mantenían quietas, expectantes.

Laura se desplomó sobre un sillón, sin saber qué hacer ni por dónde comenzar. Y entonces, se internó en los recuerdos.

Su padre había sido un exitoso negociante de antigüedades, “un antropólogo frustrado” como solía llamarse a sí mismo. De un viaje que había hecho al Lejano Oriente con la madre de Laura se había traído algunos objetos de arte rescatados de esa civilización de misterios y arena. La última noche de estadía en el hotel, le dijo a su esposa que se adelantaría para pagar la cuenta y que la esperaría en el hall de entrada.

Pero cuando, impaciente porque ella tardaba en bajar, fue en su busca, no la encontró. En la habitación todo parecía estar en orden; los bolsos listos, las valijas cerradas, y hasta las cajas con los objetos comprados alineadas cerca de la puerta. Salió a buscarla por pasillos y escaleras; subió a la terraza y se hundió en el sótano. Cuando se asomó al jardín, los seres de la noche le susurraron: “se ha ido”. Durante horas estuvo sentado en uno de los sillones del hall de entrada, con la mirada fija en la puerta giratoria, esperando que llegara la respuesta. Los empleados del hotel lo evitaban, solo el conserje se le acercaba cada tanto para preguntarle si necesitaba algo. Y fue este mismo quien le dijo a la policía que, a diferencia de otros viajes, esa vez la esposa no lo había acompañado, que siempre había estado solo.

Cuando regresó a su país, era otra persona. Su hermano lo fue a buscar al aeropuerto; se ocupó del equipaje y los bultos. Nada se habló de lo sucedido. Nada parecía haber pasado. Ni la familia ni los amigos ni los vecinos preguntaron por la mujer, desvanecida sin rastros. Fue completamente olvidada, como si nunca hubiera nacido, y ni siquiera la presencia de Laura parecía suficiente prueba de una existencia borrada de la memoria de todos. Sus cosas personales, su ropa, perfumes, libros, y hasta sus fotos, desaparecieron igual que ella.